

Michel Serres, *Aclaraciones: cinco entrevistas con Bruno Latour*, Colombia, Piedra Roseta, 2023, 334 pp. ISBN: 978-628-95661-0-9

NEFTALÍ LEAL VILLASEÑOR

Instituto de Investigaciones Filosóficas “Luis Villoro Toranzo”
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Michel Serres (1930-2019) fue un destacado filósofo francés que resulta extravagante en más de un sentido. Uno de los más llamativos es sin lugar a duda su peculiar estilo de escritura. Serres suele incorporar en sus textos un conocimiento amplio de los pensadores clásicos con un lenguaje plagado de figuras retóricas y juegos de palabras, al mismo tiempo que emplea narrativas anecdóticas relativas a campos de lo más diversos como el oficio marítimo, el magisterio y el deporte; todo ello unido en una red discursiva que hilvana con distintas nociones científicas y matemáticas de vanguardia.

Un problema acarreado a esta singular mezcla de carácter enciclopédico ha sido la dificultad hermenéutica de ubicar el *corpus* serresiano en un horizonte claro de comprensión. Serres suele ser así víctima de la confusión, la cual varía entre ser malinterpretado como un escritor de ficción literaria, o bien, ser asumido en la postura dogmática del científico cliché. Por mencionar algunos ejemplos de críticas erigidas en su contra –algunas más elaboradas que otras– están las de Katherine Hayles,¹ Alan Sokal y Jean Bricmont.²

¹ “[...] la literatura y la ciencia que se entrelazan dentro del canal equívoco de Serres se confunden entre sí para formar una cacofonía de afirmaciones confusas” (Hayles, 1988, p. 11).

² Casualmente, estos dos autores dedicados a exponer filósofos que emplean nociones científicas de forma desinformada o irresponsable, con Serres no han sido tan severos: “los trabajos de Serres están repletos de alusiones, más o menos poéticas, a la ciencia y a su historia, pero sus afirmaciones, pese a ser muy vagas, en general no carecen totalmente de sentido ni son totalmente falsas” (Sokal y Bricmont, 1999, p. 26).

A razón de lo anterior, considero afortunada la publicación de un texto como este, en el que Serres se toma el tiempo de explicar –o aclarar, como dicta su título– los motivos y razones que yacen al fondo de su intrincada argumentación filosófica. *Aclaraciones: cinco entrevistas con Bruno Latour* (2023) –cuyo título original en francés es *Éclaircissements: entretiens avec Bruno Latour* (1992)– llega a nosotros gracias al esfuerzo de traducción de Luis Alfonso Palau Castaño en colaboración con María Cecilia Gómez.

No sólo es menester decir que con esta publicación se abona a la tarea de hacer legible para los de lengua hispana a un filósofo tan escasamente traducido como lo es Serres,³ sino que hay que resaltar que existen pocas oportunidades, como esta, de hacer asequibles las coordenadas que delatan la cercanía o distancia de nuestro autor con otros pensadores de la tradición. Sin embargo, la mayor bondad que encuentro en esta nueva traducción, para aquellos interesados en iniciarse en la lectura del presente filósofo,⁴ es la constatación de un aspecto metodológico al interior de su obra que no resulta menor, a saber, que el modo de escribir de Serres va aparejado con el modo en que Serres piensa: una forma de hacer filosofía que no ha divorciado la belleza y creatividad de la expresión literaria con el rigor y precisión de las ciencias duras cuyo propósito no es otro que suscitar en sus lectores síntesis reflexivas de un alcance cada vez mayor.

En este libro observamos cómo Serres es cuestionado –y algunas veces asediado– por Bruno Latour, para que haga explícitos los elementos clave que han movilizadouna producción filosófica tan variada, los cuales, si bien insinúa en uno que otro de sus textos, no había terminado por describir puntualmente. El resultado ha sido un compendio de cinco diálogos que han quedado tematizados respectivamente en cinco capítulos: la formación, el método, la demostración, el fin de la crítica y la sabiduría.

³ Haciendo un breve cálculo puedo decir que de los setenta libros de Serres casi tres cuartas partes aproximadamente permanecen sin traducción al español.

⁴ Basta con hacer un recorrido breve por internet para hallarse pronto con la difícil tarea de encontrar tesis o artículos de investigación que desarrollen, critiquen o hagan exégesis de algún aspecto particular de la obra de Serres.

En el primer capítulo –que, me parece, es el más biográfico de todos– encontramos la constatación de la trayectoria formativa de Serres. Es posible identificar aquí el impacto que ejerció en sus inicios el trabajo junto a otras grandes figuras del pensamiento francés: Gastón Bachelard, George Canguilhem, Jacques Monod y Michel Foucault, además de cómo terminó distanciándose de algunos de ellos. Esto último es muestra clara del temperamento de Serres, pues su voluntad ha sido no dejarse inscribir dentro de alguna corriente filosófica en particular. El deseo de libertad inventiva y la resistencia a asumir cualquier etiqueta doctrinaria estarán presentes a lo largo de su vida tanto estudiantil como profesional.

En los años 50 a 60, el ambiente intelectual parecía determinar a los individuos. El marxismo dominante empujaba a la carrera por esta vía real, la autopista Marx, la segunda autopista, también instalada, y desde la guerra con Sartre y sus discípulos, sin contar la influencia que tenía Merleau-Ponty en aquel entonces: la fenomenología, para terminar rápido [...] se era pues marxista o fenomenólogo (p. 23).

Paradójicamente, un clima académico tan asfixiante como el que describe lo lleva a reafirmar su determinación por escribir textos de gran originalidad y viveza, intención que admite compartir con su amigo Gilles Deleuze. Sin embargo, a diferencia de este último, asume el coste de un naufragio intelectual que implica no tener vislumbrado un puerto claro tanto de procedencia como de llegada teórica. Serres no iguala la vocación filosófica, como lo hace Deleuze, al arte de la creación conceptual;⁵ sino que equipara su quehacer a la peligrosa ocupación de la navegación por alta mar. Siguiendo dicha metáfora, su mayor esfuerzo –que hoy en día llamaríamos interdisciplinar– consiste en crear las condiciones propicias para navegar reflexivamente por los mares tempestuosos que intersectan los distintos dominios del saber.⁶

⁵ “La filosofía es el arte de formar, de inventar, de fabricar conceptos” (Deleuze y Guattari, 2001, p. 11).

⁶ Edgar Morin también echará mano de esta sugerente metáfora para dar cuenta de su esfuerzo filosófico por enfrentar lo indeterminado: “Navegar en un océano de incertidumbres a través de un archipiélago de certezas” (Morin, 1999, p. 94). No obstante, en Serres esta metáfora tiene un carácter más profundo, al menos desde un carácter vivencial pues, como se comenta en su entrevista con Latour, Serres perteneció a la escuela naval de 1947 a 1949 (p. 19).

Y cuando se está perdido, y hace mal tiempo, se impone pronto la necesidad de construir una balsa o un barco, un arca, una isla incluso, sólidos y conscientes, dotarlos de utensilios, de objetos, de abrigos y poblarlos de personajes... ¿No consiste la filosofía en una tal serie de instalaciones? (p. 35).

En el capítulo segundo y tercero que versan sobre el método y la demostración, el entrevistado nos explica cómo hace para maniobrar en un ejercicio tan complicado como este y aun así llegar a resultados convincentes. Para decepción de muchos, Serres no da cuenta deductivamente de un principio metodológico rector, sino que de forma inductiva nos muestra que cada material con el que trabaja requiere su propio modo de acercamiento. Cada cuerpo posee en su interior relaciones constitutivas dispuestas en una organización particular y que, si se busca bien, puede encontrarse una organización análoga en otro cuerpo perteneciente a otro campo disciplinar. Esto lleva a Serres a construir puentes interpretativos que posibilitan hallazgos de lo más inaudito como identificar en el soneto de *La esperanza* de un poeta del siglo XIX como Paul Verlaine la descripción del ruido de fondo –un fenómeno físico descubierto un siglo después–; o encontrar las mismas improntas sacrificiales operando dentro de dos eventos humanos de épocas y contextos muy distintos: la exhibición por televisión en 1986 de la explosión que llevó a la muerte a los tripulantes del transbordador espacial *Challenger* y los vestigios del rito antiguo de ofrenda de vidas infantiles al dios Baal en Cartagena.

Podría reclamarse que, al realizar comparaciones de esta magnitud, Serres no posee rigor metodológico alguno. Sin embargo no es así, su método puede ser caracterizado como un estructuralismo matemático –etiqueta que también se decidió a abandonar–, el cual no está emparentado con el estructuralismo lingüístico relativo a Ferdinand de Saussure, sino que parte de un enfoque topológico que retoma de Leibniz y Bourbaki.⁷ Pensar desde la topología permite a Serres –como si se tratara de doblar una hoja para reunir sus extremos– conectar puntos de visiones

⁷ Nicolas Bourbaki es el seudónimo de un grupo de matemáticos franceses reunidos a partir de los años 1930 a los cuales perteneció también la filósofa Simone Weil, quien también influyó notablemente en Serres.

epistemológicas muy distantes en el tiempo y el espacio. Esto, por ejemplo, sería inconcebible para Bachelard, proclive a pensar desde la noción de ruptura epistemológica; o resultaría improcedente para Foucault, pues desde su método arqueológico no se pueden juzgar con un *episteme* del presente a un enunciado relativo a un *episteme* del pasado y viceversa.

Serres advierte con ello que su consistencia argumentativa no es sólo de tipo proposicional, sino que la consigue a partir de un empleo cuidadoso y regulado de las metáforas. Estas últimas no juegan el papel de un simple ornamento en su escritura, sino que son aquellos operadores o algoritmos que –al modo de la matemática– le permiten realizar las transformaciones precisas para pasar de un campo a otro. Algunas de sus metáforas llegan a ser tan sugerentes que –a mi juicio– terminan por cimbrar las metáforas fundacionales del pensamiento occidental, como aquellas acarreadas desde la visión ontología aristotélica del mundo donde la comprensión sigue el modelo arquitectónico de la solidez.

[Comprender] Este verbo significa, se sabe, mantener juntos. Un mismo edificio mantiene juntas sus piedras, sólidas, que no se mueven. ¡Qué manera simple y perezosa de comprender! Sería necesario, para que comprendiéramos, que nada se moviera, como un conjunto de piedras negras y estúpidas, que siempre guardan entre ellas la misma distancia métrica fija. (pp. 183 y 184).

Serres cuestiona la pertinencia de esta metáfora de la solidez y con ayuda de la filosofía epicureísta de Lucrecio nos invita con su *Rerum natura*⁸ a considerar un entendimiento distinto, uno que trabaja a partir de la metáfora de lo líquido, donde lo constitutivo se encuentra en las relaciones y no en la solidez sustancial de los objetos:

Lucrecio en cambio nos compromete en un buen movimiento: todo en él comienza con la turbulencia [...] Ella no produce sistema, puesto que sus constituyentes fluctúan, fluido y móviles [sus] relaciones engendran objetos, seres y actos, no lo inverso (p. 184).

⁸ En este poema epistolar, de hace más de dos milenios, el romano Tito Lucrecio Caro da cuenta de la naturaleza de las cosas según la filosofía materialista de Epicuro, describe así la propia composición del mundo a partir del movimiento caótico que inicia con la desviación o *clinamen* de las partículas corpusculares que lo componen.

Los capítulos cuarto y quinto con los que cierran las *Aclaraciones*, abocados al fin de la crítica y la sabiduría, nos reafirman una cualidad en Serres –que, en la filosofía académica actual, a diferencia de los antiguos, resulta cada vez más escasa– la virtud de tratar de vivir en congruencia con las propias convicciones filosóficas. La experiencia de este autor se halla marcada por los acontecimientos bélicos de la detonación de la bomba atómica, por lo que se negará a continuar la guerra por otros medios, como es la producción teórica. Asume así como compromiso no atacar ni verse inmerso en polémica alguna, lo cual provocará la negación de Serres a plantear una crítica a cualquiera de sus contemporáneos y que, sumado a su voluntad de originalidad, lo hará despreciar el empleo de toda referencia, cita textual o nota explicativa al pie de página. Es en esta parte –debo decir– que la justificación de Serres no me parece sensata, pues, así como le reclama Latour –y volviendo al problema del inicio–, sus valiosas contribuciones terminan siendo oscurecidas por un cripticismo que, de quererlo así, hubiera podido evitar. Al final de leer esta entrevista puede que no estemos de acuerdo con mucho de lo que Serres dice, sin embargo, no perdamos de vista que su propósito ha sido mostrar panoramas más amplios antes que convencer: “mi objetivo no es tener la razón a cualquier precio sino producir una intuición, global, profunda y sensata” (p. 197).

Referencias

- DELEUZE, G. y Guattari, F. (2001). *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama.
- HAYLES, N. K. (1988). “Two Voices, One Channel: Equivocation in Michel Serres” *SubStance*, 17(3), 3. <https://doi.org/10.2307/3684920>.
- MORIN, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. París: UNESCO.
- SOKAL A. y Bricmont, J. (1999). *Imposturas intelectuales*. Barcelona: Paidós.